

Nº39 Junio 2025

Yo he querido visitarlo, y busco aprender
de la sabiduría antigua y el arte.

Sé que no es fácil.

Aprenderé a bruñir bronce
y crearé mi propia escultura.

Jesús Quintanilla Osorio



En este número

MARA TARENZI

RECORDAR

FREY YORKE

ELENA BRAVO DELGADO

YULEISI CRUZ LEZCANO

JOSE JULIO PALMA

FERNANDO BUSTOS ODZOMEK

FREIRE

EL RINCÓN DE CRISTIANE

ELOY CALVO

RICHARD E. HAYEK PEDRAZA

ZULMA MARTÍNEZ

DANIEL COLLADO

IRINA TALL (NOVIKOVA)

EDUARD ALL

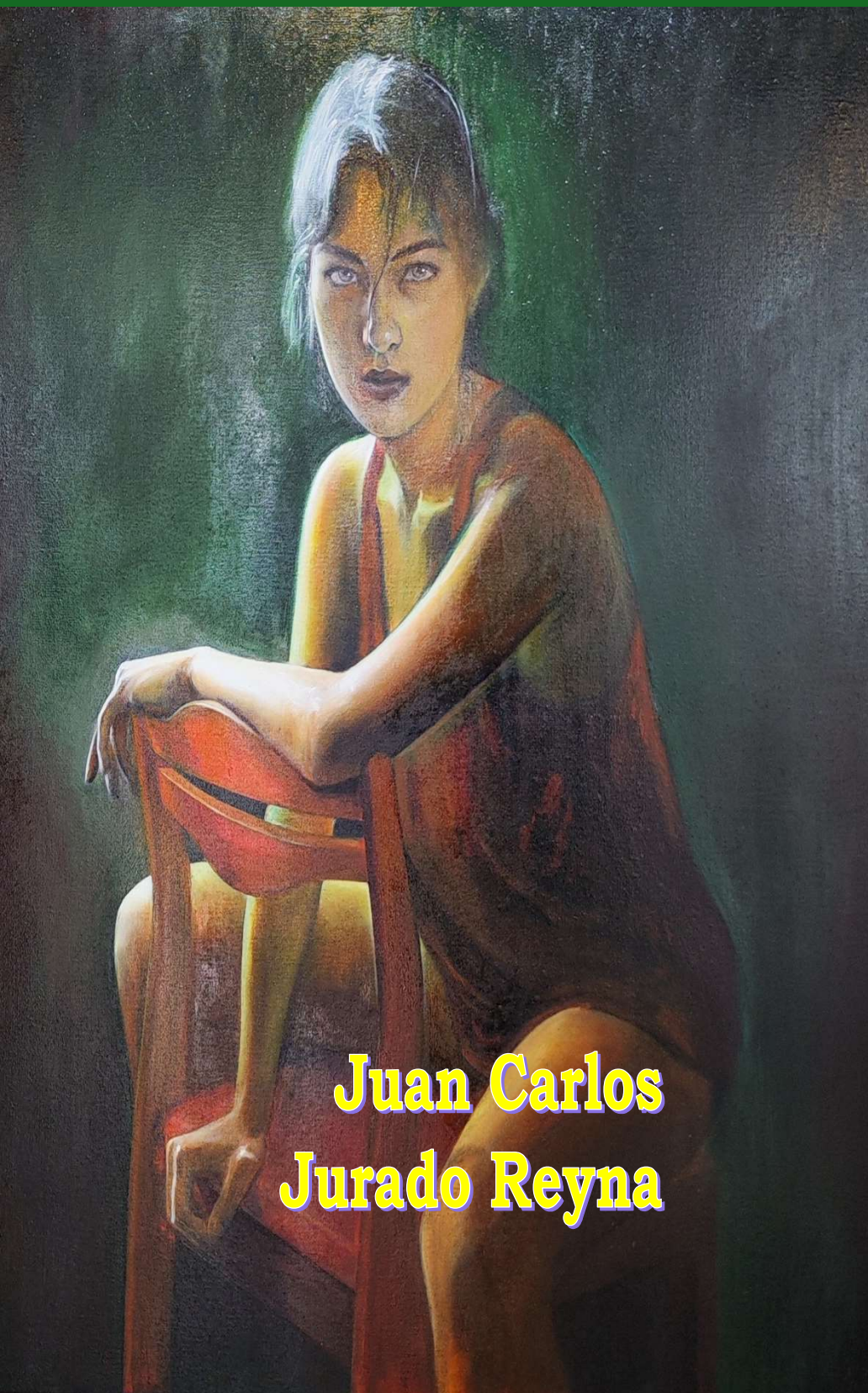
FRANCISCO BAUTISTA G.

PÁGINA 30

JESÚS QUINTANILLA O.

CHEVICK GIRALDO

CARLOS MARCHENA



**Juan Carlos
Jurado Reyna**

Mara Tarenzi

Con voz de mujer

Custodio entre Huellas

El caminante emprendió su largo viaje por un camino polvoriento que atravesaba el campo. Durante su caminata, reflexionó sobre las historias de los antiguos camineros que, en el pasado, mantenían esos senderos para facilitar el paso de los viajeros. A medida que avanzaba, el sonido de sus pasos sobre el terreno le recordaba la importancia de aquellos que, sin ser vistos, permiten que el camino siga existiendo para otros. Los atajos seducen al viajero impaciente, pero el verdadero caminante sabe que el trayecto largo es el que más enseña.

Custodio Maclart avanzaba, tiritando, por el sendero desolado del valle nevado de Allan una fría mañana de diciembre. El viento cortante le azotaba la cara, casi como si el aire mismo estuviera tratando de apartarlo. La blancura del paisaje, interminable y monótona, le sumía en un silencio casi absoluto, solo roto por el crujir de sus botas sobre la nieve.

Había recorrido ese sendero muchas veces, pero esa mañana, algo lo hacía sentir que no estaba solo. Fue entonces cuando vio aquellos rastros.

Al principio pensó que podían ser de algún animal grande, tal vez un oso o un lobo, pero al fijarse mejor, algo en ellas le desconcertó. Las marcas eran inusuales, demasiado precisas, demasiado... raras. La forma alargada, casi perfecta, de cada huella le daba la sensación de que no pertenecían a ninguna criatura viva, ni siquiera a las más fantásticas. No eran huellas de patas, sino de algo... más.

Decidió seguir las huellas, aunque tentado estuvo en más de una vez en dar media vuelta y regresar al calor de su hogar. Pero la curiosidad mató al gato y el sendero, rodeado de árboles desnudos y cubierto por una capa de nieve virgen, parecía llevarle a un destino desconocido y atrayente. Las huellas se alargaban delante de él, como si alguien, o algo, las hubiera dejado con una intención clara.

A medida que caminaba, la nieve bajo sus pies parecía crujir con un tono distinto, más pesado, como si el suelo estuviera vibrando ligeramente. Cada vez que levantaba la vista, veía los surcos sin fin, sin saber a dónde conducían, pero sintiendo que le llevaban más allá de los límites de la lógica, le hipnotizaban de una manera que no comprendía.

El viento susurraba entre los árboles, como si las sombras mismas hablaran en un idioma que él no podía entender. Y entonces, lo vio: un destello, un movimiento rápido entre los árboles. Un parpadeo reflectante, casi imperceptible, pero allí. Custodio se detuvo en seco. Su respiración se hizo más pesada, su mente llena de preguntas que no se atrevían a salir.

Un ruido bajo, casi como un zumbido, llegó a sus oídos, pero no había nada a la vista, sólo él, las huellas y el frío. El sol, pálido y distante, apenas iluminaba el paisaje, sumiendo todo en una penumbra extraña. El caminante miró las huellas una vez más, ahora con una incomodidad creciente.

El silencio, profundo y pesado volvió a envolverlo, sin embargo, el eco de la intriga seguía resonando en su mente. Algo le decía que esas huellas no eran una casualidad, que el destino lo había llevado hasta allí por una razón.

Con el corazón acelerado y una creciente sensación de que había cruzado algún tipo de umbral, Custodio dio un paso más. Sin saberlo, estaba adentrándose a algo mucho más oscuro de lo que imaginaba, un misterio que no debía ser desvelado tan fácilmente.

Editorial Recordar

En las sociedades distópicas, la nostalgia vende bien. Recordamos un pasado que era al menos más tranquilo y lo recordamos como un ideal cuando en el fondo sabemos que no era así. Es difícil para muchos comprender y asimilar el paso del tiempo, con su sabor agri dulce, y muchos se van a ese pasado en el que quizá eran felices y no se daban cuenta. Hoy en día hay todo tipo de nostálgicos, que tratarán de vendernos que lo suyo era mejor. Y, en consecuencia, hay todo un merchandising preparado para que recuerdes más y mejor cómo era aquello que hoy, en nuestra distopía, parece tan lejano.

Hay nostálgicos de los 80, del franquismo, de la guerra fría con la Unión Soviética, etc. La propia vida, con su paso del tiempo y nuestra memoria, termina siendo objeto de nostalgia para los mayores, tan olvidados y a la vez tan recordados; nostalgia de la infancia, de la adolescencia, de la madurez; nostalgia de tiempos que hoy presumimos felices y no lo eran tanto o bien nosotros, imbuidos en el manto espeso del vivir cotidiano, no percibíamos así.

¡Qué terrible debe ser la distopía del presente, con nuestros mayores confinados en residencias o cuidados por extraños ya que ni sus hijos tienen tiempo para ellos! Es evidente que estar en el presente tiene un precio y es un esfuerzo para los que ya acumulan años y se ven de pronto invisibilizados y arrinconados a la marginalidad de la atención familiar y social.



Faltan actividades intergeneracionales y el edadismo hace estragos: no queremos gente diferente en torno nuestro y por eso a los mayores pareciera que solo les queda recordar mientras que nuestro olvido de ellos es olvido de lecciones que tarde o temprano nos pasarán factura. Los jóvenes quieren presumir de haber inventado la vida y es posible que sea tarde cuando se den cuenta de su error. Entretanto, nos entregamos con facilidad a una nostalgia preparada por el consumo para atontarnos más si cabe y ponernos fuera de las luchas de nuestro presente que son muchas y difíciles. Pero eso ya les toca a ellos, a esos jóvenes que han recibido de nosotros un mundo distópico, con demasiadas dificultades para tener un plan de vida accesible y dependiente de cada uno.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº39 Junio 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

La Profecía

El Profeta, el solitario clamó y escribió, La Profecía que había de venir:
El sello estará puesto en el cielo, la señal estará enviada...

Pacto de sangre, entidades, anatema...

Y sonará la trompeta, la canción de los holocaustos.

Y vendrá del oeste el graznido del cuervo hostil, y se cubrirá el sol con
nubes de tormenta, y se oirá el clamor de truenos y relámpagos y el vil
acero quemará con lenguas de fuego, el peso de la pluma.

El poder y el oro por todas las venas de la tierra, corromperá la pureza
de los ríos y la inocencia.

La mentira será verdad y la verdad mentira, el juego de los símbolos
invertidos, y habrá división en cada punto cardinal.

Una densa niebla tapaná los ojos de los hombres, en la ciudad de los
perros. La granja será cosechada cada anochecer, en realidades no
visibles para los humanos, el gran sueño, desde el principio de los
tiempos. Y vendrá una era de arco-iris, donde lo falso saldrá a la luz para
los despiertos, y la espada se alzará con una nueva alianza en las nubes.

Frey Yorke

Todo está por terminar (VII)

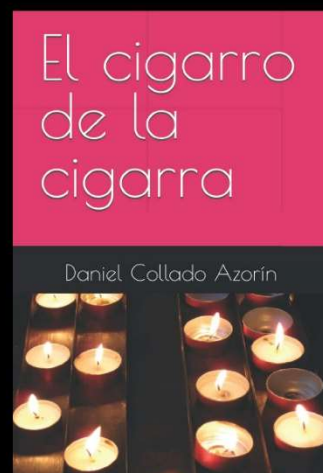
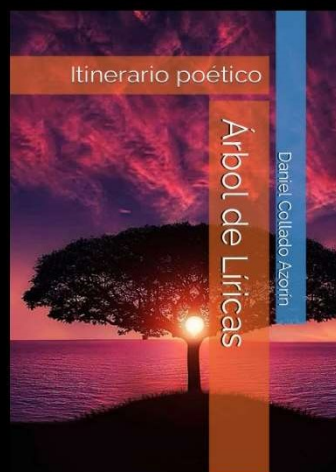
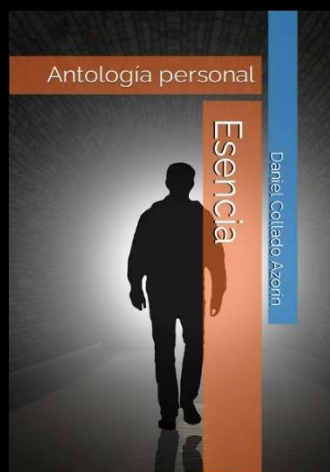
Mi abuela no fue una mujer de mundo, pero tuvo mucho mundo con el que lidiar. Era un año mayor que mi abuelo, y había tenido una hija de soltera, os podéis imaginar la situación en un contexto tan arcaico como el de la época, ya que mi abuela a día de hoy superaría con creces los 100 años. Pero jamás se avergonzó, ni se dio por vencida. Recuerdo que, aun siendo ya mayor, tenía más fuerza que cualquier adolescente actual. No había tarea que se le pusiera por delante y parecía una fuente inagotable de energía.

Una tarde, mientras yo a duras penas llegaba a la mesa sentada en el escaño de la cocina, la vi salir disparada como un resorte por la puerta que daba a la sala. Aquella sala era lo que a día de hoy se podría asemejar, en nuestros programas de vivienda actuales, a un salón. Se trata de una dependencia de grandes dimensiones que servía como vestíbulo de acceso a los dormitorios. Sin embargo, nunca (hasta ahora) hubo un sofá o una televisión en esa pieza. La televisión estaba ubicada en la cocina, donde se encontraba la propia cocina de leña y carbón que servía de calefacción para toda la vivienda. Durante el invierno permanecía encendida todo el día, atemperaba la casa y servía de fogón para cocinar. Era un calor muy distinto al de cualquier otro sistema actual, y aunque no la usemos con asiduidad, sigue presente con un papel protagonista en la cocina tras la reforma. Aún conservo el recuerdo de ese olor a castañas asadas sobre ella, el de las narices rojas de todos nosotros calentándonos junto a ella, el de mi abuela con el gancho atizando la leña...

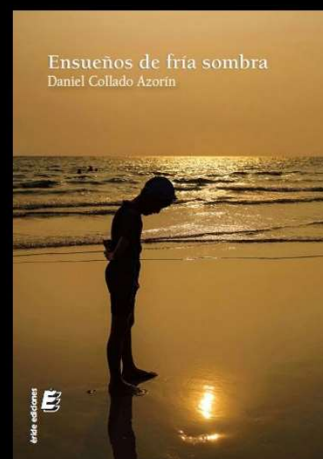
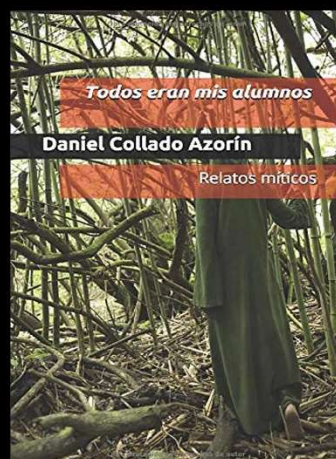
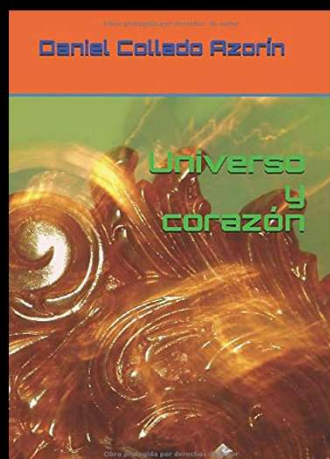
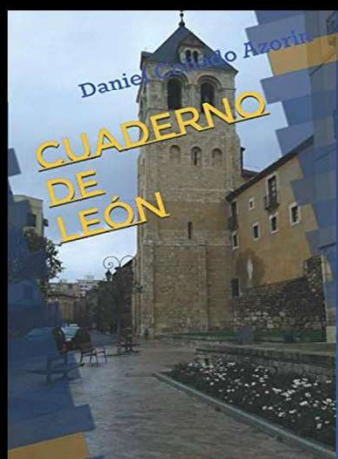
Mi abuela era puro nervio. Con la misma velocidad que salió, regresó. Con gesto serio y semblante gacho y algo desencajado. La lluvia que arreciaba desde hacía varios días había empapado su pañuelo y algunos mechones de pelo comenzaba a asomar sobre su frente. Nadie se atrevía a preguntar qué había pasado, e incluso mi padre tardó unos segundos en reaccionar. Cuando se recompuso y con la ropa ya mudada, comenzó a articular palabra.⁷

La cubierta del cobertizo se había desplomado. La estructura de madera que servía de apoyo para las chapas de fibrocemento había colapsado, derrumbándose completamente sobre el acopio de fabas, huevos, manzanas, avellanas y demás productos que ella con tanto cariño llevaba semanas acopiando para que mi padre llevara para nosotros y para compartir con aquellos amigos que ella tanto apreciaba. Inmediatamente todos bajamos a comprobar los desperfectos. Ella quiso acompañarnos, pero mi padre no la dejó, a mí tampoco, pero en un descuido de mi abuela atiné a asomarme al cobertizo. Seguía lloviendo con fuerza y no iba a poder arreglar nada que no pudieran hacer ellos; lo más que podía coger, era una pulmonía. De nuevo mi padre quería protegerla, una vez más. Esa fue la última vez que vi a mi abuela, estaba muy lastimada, pero ese día aún no lo sabíamos...





escritordaniel.es



Entre los vivos

Con cada vela apagada
encima del pastel, lo mismo,
un deseo idéntico.
Estoy ya más allá que acá.
La aguja de la balanza,
aún así, apunta directamente al centro.
¿Vida apagada? Ciertamente.
Sin embargo, vivo en remordimientos
suspirados
desde la cabeza hasta los pies.
Uno que cree
a los sueños y ¿después?

-Nada.
En lo indecible que baja al suelo
y dice “aquí estoy”
Algo respira.
Yo también estoy aquí
entre los vivos, en la sal
para avivar el fuego,
sabiendo que lo que quema
engendra y pierde el nombre
para dar ojos a la conciencia
que somos respirantes
sin ser y sin estar.

Yuleisi Cruz Lezcano

Regalitos

—Buenas, señor. Muchas gracias por abrirme su puerta tan amablemente, pero tenga más cuidado en otra ocasión. Nunca se sabe.
—Buenas. Sí, ya...
—Me llamo Samael y soy repartidor. Ha sido seleccionado entre millones de personas para hacerle entrega de dos regalitos infernales que creo...
—¿Otro engaño publicitario?
—Perdón, pero nosotros somos muy series. Abra la cajita y los podrá admirar.
—Veamos... ¿Un vale?
—No es un vale cualquiera, señor. Este vale sirve como un pase para salir del infierno. Lo podrá utilizar solo una vez, pero le puedo asegurar, y tengo mucha experiencia, que mucha gente mataría por él.
—Como broma, está bien. Y esto es una... foto, una foto de... ¡Dios!...
—Sí, su último asesinato. Estamos en todo, señor. Por favor, no olvide llevar el vale siempre con usted.

Jose Julio Palma



EL RELOJERO

Domingo Pérez Somoza, heredero de una tradición familiar, ha dedicado su vida, como sus ancestros, a dos pasiones: el negocio de la joyería y la colección de relojes. Su obsesión era reconstruir la historia del tiempo, o mejor dicho, determinar el trayecto de la medición del tiempo, desde las más tempranas épocas en las que se pudiera tener registro. En el museo privado de la familia se pueden encontrar todo tipo de relojes, pero además, también explicaciones y grabados sobre artefactos de los que ya no quedan vestigios arqueológicos más que dichas referencias. Se puede reconstruir esa historia a partir de los indicios sobre los relojes de fuego, que funcionaban como primitivas velas, marcando el transcurrir del tiempo a medida que se consumían. Los relojes de agua funcionaban como los de arena. Pero ninguno de estos instrumentos servían para dar la hora porque se habían inventado para medir lapsos de tiempo, a diferencia de los relojes de sol y sombra, o los de medición del movimiento de las estrellas, que a través de complejos cálculos se llegaba a determinar la posición del presente dentro del ciclo astronómico, sea señalando la parte del día por la rotación del planeta, del mes por la posición de la luna o de las estaciones del año.

En el siglo XII llegaron los relojes mecánicos, de hierro, que funcionaban mediante el sistema de «regulación foliot», y en el XV la «regulación volante». Estos instrumentos solo tenían una aguja para marcar las horas y estaban colocados en lugares públicos, como las fachadas de las iglesias o los municipios, pero no eran muy precisos, tenían márgenes de error de hasta media hora por día.

En 1656, se introdujo la tecnología del péndulo, mucho más exacto y ya con la aguja del minuterio. El problema fue que estos relojes no podían usarse en ámbitos como la navegación, pues exigían estar estáticos, así que en 1675 se inventó el reloj de «volante espiral». En ambos casos, son relojes de cuerda y estos mecanismos se siguen utilizando aún hoy en día. En 1950 se inventó el reloj de cuarzo, de pila, y más tarde el reloj atómico. Paradójicamente en la medida en que la familia Pérez Somoza disminuía la incertidumbre de la historia aumentando las piezas de su colección, eran sus miembros los que desaparecían aumentando la incertidumbre o mejor dicho, alimentando las leyendas sobre las maldiciones, mitos sobre pactos, y otras variadas versiones que recaían sobre la cabeza del clan de relojeros.

De la desaparición de Domingo, al igual que de su padre, su abuelo y su bisabuelo no se conocieron nunca detalles. Fueron dados por muertos, tiempo después de agotadas sus búsquedas. Hay quienes dicen que por tradición familiar, seguían un estricto ritual de eutanasia vinculado a una creencia sobre el cumplimiento de etapas de la vida. Otros hablan de pactos de sangre por prosperidad. Algunos argumentan que el bisabuelo de Domingo encontró el reloj mítico de Cronos y que sus descendientes no son sus herederos sino el mismo, quién fue adoptando las distintas identidades, de una manera premeditada. Esta teoría se asienta en otra tradición, la del parto en domicilio, en estricta privacidad aun durante las meses de gestación. Incluye la leyenda, que el precio de la inmortalidad es la esterilidad, y que por ello, el caballero adopta desde temprana edad al simulador que planta indicios en esporádicas apariciones públicas. Y hoy Domingo esta reinventado como su heredero Facundo, que tiene la edad de Domingo cuando hizo su primera presentación en sociedad. En esta línea no hay consenso sobre el destino del sustituido.

La historia más verosímil es que la obsesión por los relojes consume la salud mental de los patriarcas y que todos ellos terminan sus vidas reclusos en un selecto psiquiátrico suizo.

Fernando Bustos Odzomek

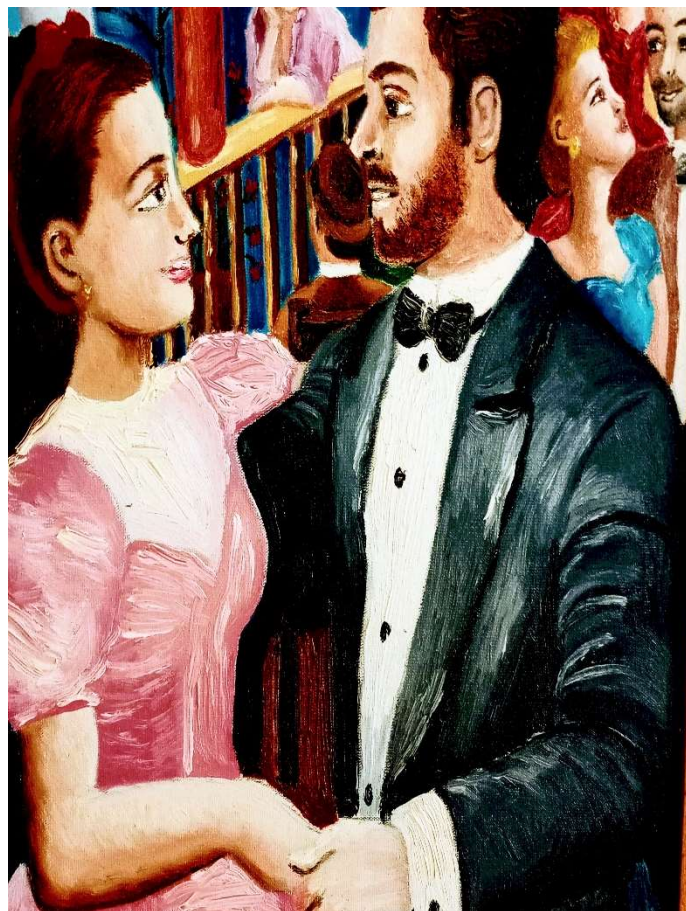
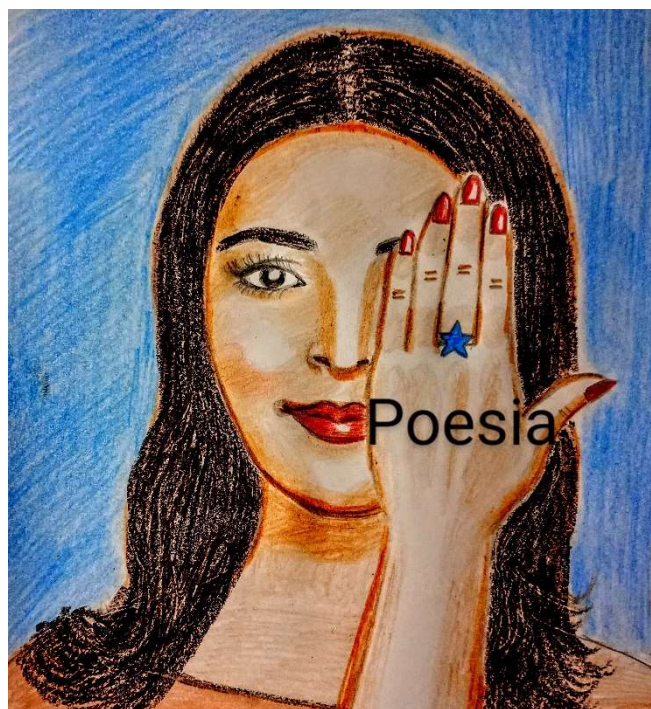
jubileo21@gmail.com



Gorrión

Freire

EL RINCÓN DE CRISTIANE



Obra de Cristiane Ventre

EL ÚLTIMO JACK DANIELS ELOY CALVO

Por fortuna para Obed su familia no es demasiado grande. Por fortuna para su familia Obed siempre ha sido un hombre de gustos sencillos. Puede parecer baladí, pero un hecho unido al otro va a facilitar mucho las cosas.

Paulina, la mujer de Obed, ha salido de casa temprano. Ha pasado parte de la noche en vela y su rostro no puede disimular los signos de cansancio. Podía haber enviado a su hermano Akwasi a casa del carpintero, pero ha preferido ser ella la que realice el encargo, convencida de que tiene un mayor conocimiento que su hermano acerca de los gustos de Obed y ello facilitará las cosas.

Cuando Paulina llega a la carpintería su dueño, Julius, está subiendo la persiana y rápidamente le invita a entrar al interior. Siéntate, le dice. Voy a ponerme un guardapolvo y enseguida estoy contigo.

Cuando Julius regresa a Paulina apenas le ha dado tiempo a pasear la vista por el local, pero su intuición le dice que ha acudido al lugar adecuado, pues todo parece indicar que Julius trabaja bien la madera.

Julius pregunta a Paulina por los gustos de Obed y a la vez le ofrece un catálogo con fotografías de todas sus obras por si ello pudiera ayudarle a elegir. Paulina no se sorprende de lo que muestran las fotografías, pues ha acudido a la carpintería de Julius disponiendo ya de esa información, pero sí de la calidad y exactitud con que los diversos objetos

aparecen representados: leones, tigres, aves, coches, camiones, aviones, barcos, alimentos, refrescos, zapatillas, libros, teléfonos móviles y un sinfín de los más variados objetos que uno pueda imaginar.

¿Y bien?, se interesa Julius, orgulloso de ver como su trabajo no ha dejado indiferente a Paulina.

Paulina parece estar pensárselo. Al menos eso es lo que se desprende de sus palabras. Me cuesta decidirme. Hay piezas preciosas. Las encargaría todas, pero como tiene que ser una me inclinaría por una botella de Jack Daniels. Claro está, siempre que ello sea posible. Julius ha coincidido en el bar con Obed en más de una ocasión y le parece una excelente elección. Por supuesto, no solo es posible, sino que puedo tallarla en forma redondeada o cuadrada, como tú me digas. De nuevo, Paulina no sabe que responder. Jamás en su vida ha probado el whisky y rápidamente decide que lo mejor es dejar la decisión en manos de Julius. Hazla con la forma que más te guste. Confío en tu criterio.

Decidido el trabajo a realizar el interés de Paulina se centra ahora en conocer el tiempo que llevará a Julius terminar la pieza y el precio que habrá de pagar por él. Julius realiza un rápido cálculo mental y en menos de quince segundos despeja las dudas de Paulina. El trabajo me llevará diez días y el precio serán siete mil cedis.

Ahora es Paulina la que calcula. Todos sus familiares, los suyos y los de Obed, pertenecientes a la etnia Ga, están convocados. Los que residen en Acra no son problema, pues acudirán al acto independientemente del día que tenga lugar, pero los que deben desplazarse desde Bolgatanga, aunque no son muchos, han

de ser avisados con tiempo para que organicen el viaje. En todo caso, cree que no necesitarían más de tres o cuatro días para disponerlo todo.

Si hay algo que no desea Paulina es retrasar la celebración y ello le lleva a hacerle una oferta a Julius. Si pudieras tener el trabajo listo en cinco días te pagaría ocho mil quinientos cedís.

Julius ha dejado escapar una pequeña sonrisa. Comprende las prisas de Paulina, pero el encargo requiere mucho trabajo y dedicación y reduciendo los plazos de ejecución se corre el riesgo de malograr la obra. Tu oferta es muy generosa y la agradezco, pero como bien sabes las piezas están esculpidas a mano, de manera totalmente artesanal, y me es imposible realizarlas en menos de diez días.

¡Qué se le va a hacer! Obed y su familia tendrán que esperar diez días para que el primero vea cumplido su sueño. Paulina realiza el encargo a Julius, paga la mitad del trabajo y se despide del carpintero hasta dentro de diez días.

Después, de camino hacia la morgue no puede dejar de pensar en que quizás llegue el día que los ghaneses olviden sus supersticiones y encarguen sus ataúdes personalizados cuando todavía la vida les sonríe.



¿POR QUÉ

Estamos solos, sin excusas... [...] y nadie viene a salvarnos.

—Jean-Paul Sartre—

los bichos, los raros,
los sin lugar,
pudiendo hacerlo,
nunca aspiran al éxito?
¿Qué es eso tan trágico,
tan nauseabundo, tan decadente,
que sus antenas perciben,
que los aparta del camino
para llevarlos al abismo?
¿De dónde proviene la comezón,
la llaga, la pus,
el escalofrío que resquebraja
un caparazón acaso perfecto,
a todas luces impenetrable?
¿Cómo no recular,
amilanarse, esconderse,
escabullirse, perderse
dentro de sus propias miserias,
tensando su propia telaraña?
Kafka fue, es y será
uno de los grandes de toda la historia.
Él solo quería ser él.
Él solo quería ser.
Él solo quería
ante un mundo que,
a cuentagotas,
nos absorbe el deseo,
los sueños,
las ganas
cual moscas
sentenciadas a caer.

RICHARD EDUARDO
HAYEK PEDRAZA

Ensoñación

Neitin corrió a la Torre del reloj. Su corazón latía muy fuerte bajo la túnica. Desde allí, vio a Arbiskar que llegaba por el camino empinado, con su camisa de lino y un ramito de flores silvestres entre sus manos.

El joven, con destreza, trepó por una de las gruesas paredes del castillo. Ella bajó a su encuentro y, tal como lo habían planeado, se dispusieron a huir juntos de la fortaleza haciendo pie en los sillares; pero la doncella cayó.

Despertó en una camilla de hospital. El guía de la excursión le comentó que se había desmayado frente a las ruinas del Castillo de Toya...Necesitaba descansar...

De pronto, llegó Arbiskar. Neitin sonrió, y se quedó dormida.

ZULMA MARTÍNEZ



CUIDADÍN

El mundo es un circo que nos roba la atención el alma y el silencio y trata de seducirnos el corazón sin corazón y sin sentido.

El mundo es un payaso al que no hay que hacer caso: tomar notas, hacer la compra y ojito con sus servicios.

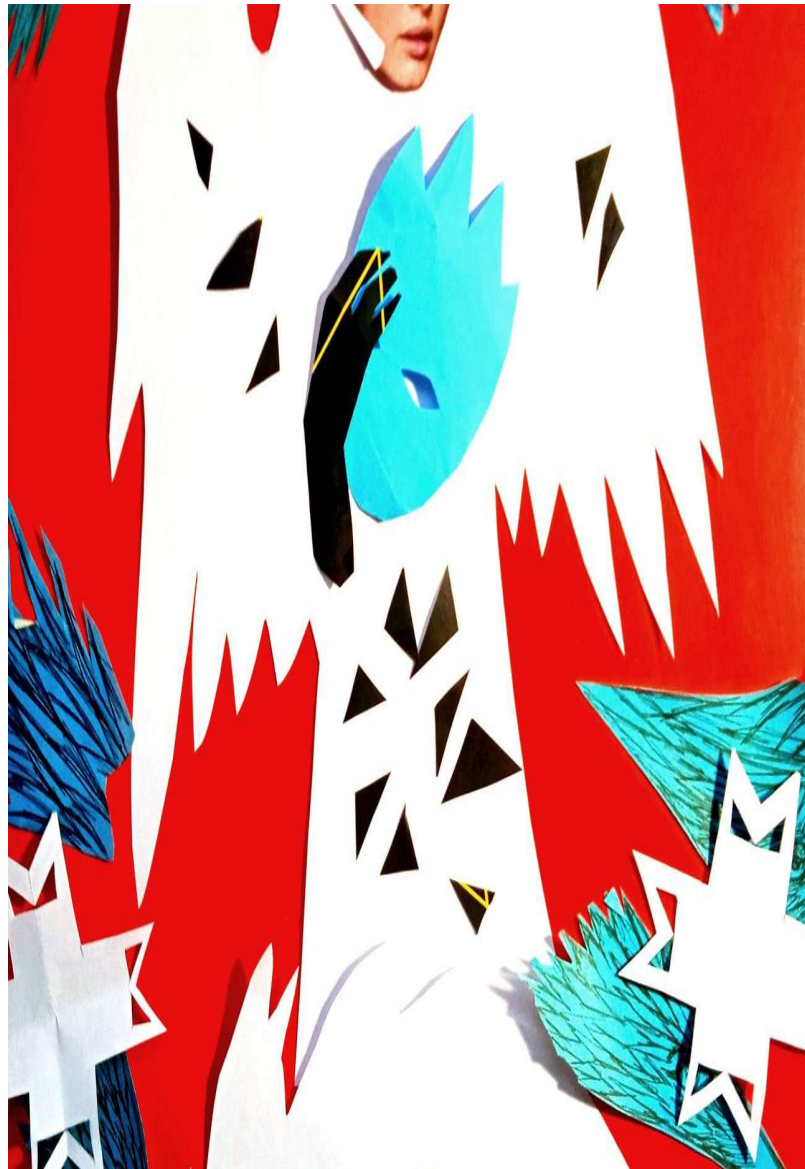
Hay que ser equilibrista para estar en el mundo y sordo; y ser jocundo para no perderle la pista.

El mundo esta lleno de voces que son solo ruido y se ríe muy perverso de todo árbol caído.

DANIEL COLLADO AZORÍN



LA
GALERÍA
IRINA TALL
NOVIKOVA



ALBA Erika Mendoza

El reflejo en su mirada
cual cielo en acuarelas,
de llantos a primaveras,
que fluye entre los riscos.

Sus miradas con tenor
Intactas a tal sensación.

Ante torbellinos
la silueta se esfuma
dejando un sinsabor
tan plenas y oscilantes...

Con encantos y melodías
ante un susurro del viento
enloquecen las aves,
bailan las hojas...
Tan puro y cálido.

El cúmulo abrazando
con apacigua ternura
a los cerros frondosos y
el cielo nutriendo con
cándidos llantos
A los campos ostentosos...

La niña observa con tal devoción
que el tiempo es contrario
a la vida humana...

Llena de clamor
Exclama compasión
Ante la naturaleza
que rebosa de pasión
De cándidos llantos
entre primaveras...

**Freire**

La última princesa

EDUARD ALL

SURINAM

Capítulo 1: Un nacimiento inesperado

En tierras del Este había dominios regidos por una joven pareja de monarcas. Calíope se nombraba aquel reino. Ambos nobles sostenían un mandato de justicia y equidad, procurando ser uno solo en cada decisión tomada. Los padres de los reyes eran parte del Consejo Real y con la experiencia de su ancianidad, ayudaban a solucionar las problemáticas de la región. Los pobladores estaban felices de sus gobernantes; pues, no existían mendigos, ni desempleados, y los impuestos eran razonablemente justos. La clase obrera trabajaba principalmente en establecimientos a lo largo de un gran bazar, famoso por la venta de frutos secos y atuendos de seda. Aunque, naturalmente, había quienes atendían los sembrados y quienes se ocupaban también de las artes, la educación y la salud. Se trataba de un pueblo laborioso, esmerado en el bienestar de sus familias.

Por otro lado, pudiera decirse, que además de su prosperidad, la ciudad se conocía por sus laderas montañosas, su vista al mar y, sobre todo, por su peculiar sello distintivo: el arcoíris real. Decenas de pintores, fotógrafos y reporteros enfocaban su labor a este maravilloso acontecimiento. Y sucedía que las

condiciones climáticas permitían asombrosamente la aparición de un arco multicolor cada tarde, siendo esto enigmático y atrayente a la vez.

Se diría que transcurrían los años más felices de Calíope. Entonces el rey y la reina decidieron tener su primer hijo, y así ocurrió, el vientre de Su majestad comenzó a crecer velozmente. Esto, como era de esperar, produjo tal regocijo en el rey que no escatimó en colmar a su amada de obsequios. Le ofrecía desde hermosos ramos de flores, hasta joyas y vestidos.

—¿Me amas, rey mío?

—Te amo, mi reina.

—Entonces mi felicidad es completa —decía la monarca y se acariciaba el vientre.

Transcurridas las semanas aquella panza enorme empezó a impedirle a la monarca sostenerse en pie y, claro, este exceso de crecimiento tenía un motivo; el cual fue revelado en breve: cargaba un embarazo gemelar. Esta vez, el rey dio literalmente brincos y más brincos. No sabía qué hacer para mimar a su esposa. La llevaba de picnic, a contemplar el mar desde los riscos, a escuchar el canto del ruiseñor que tanto le gustaba. No perdía oportunidad de estar a su lado y complacerla.

Sin embargo, para los tan anhelados días del alumbramiento, el príncipe de tierras vecinas celebraba su aniversario veinte de vida y convidó al gobernante. Contra su interés, el rey abandonó el palacio y acudió a la celebración; no sin antes besar a su amada y susurrarle al oído:

—Te amo, mi cielo.

—Rey mío, a tu regreso tus hijas estarán a mi lado para recibirte.

Él sonrió y luego se marchó.

Esa misma noche en la alcoba real la reina se retorció de las contracciones. Mandó a llamar urgente a la señora Elma, quien asistió a su madre en su nacimiento y ahora sería su partera.

—Puja, hija mía. Respira profundo —tomó su mano. —Estoy aquí, todo saldrá bien.

—Eso intento. ¡Pero duele!

—¡Ánimo, querida! ¡Sé fuerte! —su suegra apretó su otra mano.

Luego de un retorcijón doloroso se oyó el llanto de la primera bebé.

—¡Es preciosa! —Admiraron.

—Se llamará Lía, como ha dicho su padre. —Colocaron así una pulsera de oro en su manita con su nombre grabado.

De vuelta la algarabía en el vientre, la reina reunió fuerzas y pujó. Volvió a hacerlo y a la tercera, dio a luz a otra niña tan hermosa como la primera.

—Se llamará Liz, como ha dicho su padre. —Nuevamente fueron en busca de otra pulsera dorada y rodearon su frágil muñeca.

Pero el rostro de la reina lucía pálido, ojeroso, con señas de tensión y molestia.

—¿Qué te ocurre, tesoro?

—Siento una sensación extraña dentro de mí.

La señora Elma se congeló al tocarle el vientre. —Aún queda una criatura. ¡Son trillizas!

Su experiencia de vieja partera decía que esto no agoraba nada bueno. El parto de dos niñas había dejado muy débil a Su majestad. No resistiría un nacimiento más. Aun así, con sus mejores deseos le pidió una última vez: —Puja, hija mía. ¡Puja! La reina puso todo su empeño en traer al mundo a su otra hija. Apenas tenía vitalidad. Fue pleno amor de madre. Se oyó aquel llanto intermitente otra vez.

—Ruth será su nombre, porque Dios ha querido que nazca.

Entonces en la ceremonia de colocar la pulsera, su mano cayó al suelo y su mirada se perdió en el vacío. La reina de Calíope había muerto.

Fue, en un par de palabras, un "dolor indecible". Sus padres no conseguían dejar de llorar. Su suegro daba puñetazos a las paredes de los corredores y su suegra se refugió en la cava a beber de aquellos vinos para ahogar sus penas. La servidumbre también experimentó angustia y, este pesar, llegó al pueblo. Fueron suspendidas las melodías, los colores opacos reinaron y hasta la naturaleza pareció sentir la conmoción de este hecho que por primera vez no figuró sobre palacio el arcoíris real. Claro que nada fue más devastador para la familia que ver a aquel hombre soltar un grito desgarrador, romper sus túnicas y lanzarse a correr como un demente hasta su alcoba. Allí lloró amargamente junto a su amada, acariciándole las mejillas, besando sus labios y

cubriéndole de pétalos de flores y perfume. Ordenó vestirla con el más bello de los vestidos y las joyas más finas. Entonces la dejó partir.

Capítulo 2: Reencuentro

Las semanas transcurrieron y el rey hizo caso omiso a las cuestiones de su reino. El Consejo Real se estaba encargando de la toma de decisiones en los asuntos generales de Calíope, pero necesitaban de un rey sobrio para problemas específicos. Tan perturbado se encontraba aquel hombre que se negaba a conocer a sus hijas. Creía una maldición su nacimiento.

—Hijo mío —le habló su madre. —Las niñas perdieron a la persona que las trajo al mundo. ¿Es justo que las condenes a no tener un padre también?

—Por su culpa la reina murió —soltó de inmediato.

—No es así, Esteban —le tomó las manos. —Es difícil concebir tres niñas en un mismo parto. Cuando nació tu segunda hija ya Estela estaba débil. No esperábamos que hubiera una tercera. Ella fue madre ante todo. Dio su vida por la de la niña. Entonces el rey quedó aún más enfurecido y mandó a traer ante él las tres cestas: una adornada con cintas púrpuras, otra con tejidos dorados y, la última, con lazos color rosa.

—¿Quién de ellas nació a la postre?

—¿Para qué saberlo? Las tres son tus hijas: Lía, Liz y Ruth.

—¡Lía, Liz y Ruth son sus nombres! —Repitió, como deduciendo algo. — Lía y Liz, madre, son los nombres que yo escogí para mis hijas.

El rey revisó las pulseras y halló a la no deseada bajo la manta rosa. —¡Entonces eres tú! —Tomó la cesta.

—¿Qué piensas hacer, hijo mío?

—Ya lo verás, madre.

El Soberano entregó a la bebé en manos de la partera y le pidió que la llevara lejos, a un lugar donde nunca más tuviera noticias suyas.

La señora Elma cumplió con el trato y se fue a vivir a una cabaña en lo profundo del bosque. Desde aquel día las hermanas fueron separadas y transcurrieron largos años sin volverse a encontrar. Las de palacio aprendiendo los modales refinados de la corte, mientras la campesina se adiestraba en los quehaceres del hogar. Las tres hermosas doncellas de cabellos dorados y semblante angelical eran idénticas y a la

vez tan diferentes. Unas amantes del glamour, las fiestas y joyas más exóticas y costosas del reino. La otra, por el contrario, vestía atuendos simples y adornaba su cabellera con flores. Le gustaba bañarse en el río, escuchar el canto de las aves y comer frutos silvestres.

El rey, quien en esos años había perdido la jovialidad, convirtiéndose en un hombre huraño, contemplaba en sus hijas el rostro de su amada Estela, sin embargo no hallaba en sus actitudes a la reina en lo más mínimo. La calidez en las palabras de Estela, su porte elegante y humilde, y aquellos gustos sencillos, quedaban contradichos en el carácter de las princesas. En el decursar de los años el monarca no experimentó el afecto de sus pequeñas, nada más el roce conveniente en medio de sus continuos caprichos.

Un día el rey planeó un picnic con las princesas en lo reservado del bosque. Así hizo trayendo a la memoria los recuerdos de los paseos con su amada. Esta vez en celebración del cumpleaños de las doncellas. Igualmente la joven Ruth, aprovechando la ocasión para recibir un sí por respuesta, pidió permiso a su tía Elma para darse un chapuzón bajo la cascada, pues a su tutora no le gustaba que se alejara demasiado. Al tiempo que disfrutaba cómo caía aquella agua espumosa sobre su cuerpo, oyó voces en las cercanías y tuvo miedo. Nunca antes había visto forasteros por allí. Entonces se ocultó tras la cortina de agua. Quedó petrificada ante las réplicas tan exactas de su persona. En medio de aquella parálisis de miembros experimentó también una sensación extraña, como una corriente invisible que surgía entre ella y quien pareciera el padre de las chicas.

Oculto estuvo durante varios minutos, hasta que un evento inesperado ocurrió. Aquel señor resbaló en una roca mohosa y cayó en una vertiente profunda del río. La joven aprovechó la distracción para salir de su escondite y huir. Sin embargo, el alboroto no le permitió avanzar lejos. El desconocido al parecer se ahogaba y sus acompañantes solo sabían escandalizar por ayuda.

Como vendaval regresó Ruth y se lanzó en picada al río. Pronto estuvo asistiendo al monarca y trasladándolo hacia la orilla. Cuando se hallaron a salvo, el rey se quedó sin palabras. A pesar del parecido asombroso entre las doncellas, la mirada en particular de esta joven era cálida y

transparente, cual si fuera la misma Estela en sus años de noviazgo. Fue instantáneo su reconocimiento. Aquella era la princesa desterrada.

Un sinnúmero de emociones confundieron su mente. Vergüenza. Le debía la vida precisamente a la hija abandonada. Nostalgia. Entregaría todo el oro de palacio por sentirse otra vez acariciado por los dulces ojos de su amada. Impotencia. No fue capaz de someter su orgullo y decir algo oportuno antes de que la muchacha se escabullera entre la maleza y desapareciera.

Este reencuentro electrizante provocó que el rey recobrara mejores ánimos. Surgió en su interior un impulso fuerte e incontrolable por recuperar a su tercera hija, por presenciar de nuevo cómo era capaz de inmortalizar a su madre. Entonces convocó una búsqueda a lo largo y ancho del bosque. Fueron semanas de esfuerzo sin resultados.

Por su parte, Ruth había contado a su tía lo ocurrido en la cascada. La charla se volvió conveniente para que fuera revelada su verdadera identidad y el motivo de su estancia allí. La joven aceptó con bastante madurez los sucesos de su nacimiento y decidió perdonar a su padre. Después de todo, se trataba en sí de su verdadera familia —pensó.

Por esos días apareció también una caravana en las tierras de Calíope con magos, malabaristas, comerciantes y, en específico, una adivina. Las personas del reino quedaban atónitas por su habilidad de predecir el futuro y revelar también sucesos del pasado. Entonces fue llevada ante el monarca para la ubicación de su hija. La petición a cambio de sus servicios fue ser nombrada consejera real. El rey consintió su pedido si resultaban ciertas las coordenadas del paradero de Ruth. ¡Y realmente era buena! Ese mismo día trajeron a palacio a la doncella y a la señora Elma.

—¿No expresó usted no querer saber nada más de Ruth? ¿Para qué nos convida ahora?

—No seas tan dura con tu rey —respondió el Soberano. —Me equivoqué y pretendo remediarlo, Elma.

La señora frunció el entrecejo. —¡A estas alturas!

Se dispusieron habitaciones especiales para ambas y la servidumbre sirvió de buen agrado a la nueva princesa. No así sus dos hermanas, quienes odiaron compartir deberes con una campesina.

En celebración al regreso de su tercera hija, el Soberano planeó un baile real. Dio la orden de exparsir blasones con el emblema de Calíope en los pórticos de entrada y de decorar con guirnaldas destellantes, accesorios luminiscentes y toda clase de adorno con chispas de brillo.

Los nobles fueron llegando en sus carruajes. Vestían atuendos finísimos y portaban diversas fragancias. El rey también dio la orden a las princesas de vestir de púrpura, dorado y rosa conforme a la disposición de su madre en el día de su nacimiento.

Ruth no sabía qué vestido escoger: su armario rebosaba de atuendos ostentosos y totalmente fuera de su gusto.

—Tía, extraño la simpleza del bosque.

—Tú eres una princesa, hija mía. Este es tu lugar —sacó un vestido de la percha. —Te has convertido en una joven hermosa.

—¿Lo crees en verdad? Mis hermanas sí son hermosas, yo no.

—Tus hermanas tienen los modales refinados de la corte. ¡Eso es innegable! Pero tú llevas la gracia natural de la reina y te has hecho una joven independiente, ¡cómo pocas! Una joven que sabe lo que quiere.

—Gracias, tía.

—Quizás encuentres un chico en el baile.

—De hecho, tía. No sé bailar. ¿Quién se fijaría en mí?

—Aprenderás, querida. ¡Aprenderás!

Capítulo 3: Los tres mandatos

Abajo abundaban los platillos, las bebidas y el salón se llenaba de misterio con las máscaras de los invitados. Ruth usó un antifaz de ave y se puso pendientes de plumas rosadas como su vestido. Pero para un padre no importa cual sea el disfraz, igualmente reconoce a su hijo. Así el rey, con toda conciencia de quién era, condujo a la doncella a acompañarlo a una pieza en lo apartado del salón.

—Me honra que me acompañe una dama tan hermosa.

—Su majestad, yo...

—¿Cuándo te oiré decirme padre?

—Perdone, debe darme tiempo...

—Es cierto, disculpa. ¿Cómo te sientes en palacio?

— Como pez fuera del agua.

El rey rio. — Es lógico. ¿Cómo te han recibido tus hermanas?

—Me ignoran.

—Ya pasará, hija.

— ¡Las entiendo! Ellas al igual que yo necesitan tiempo.

—Te invité a esta pieza, que como veo no sabes llevar...

—Perdón, su Majes... Digo, padre. ¿Le he pisado mucho?

—Un par de veces. No más —volvió a reír. —Te decía, que te pedí bailar porque de aquí a un tiempo debo declarar oficialmente quién será mi sucesor. No teniendo descendencia masculina, tendré que nombrar a una de ustedes.

—¿Y qué podría decirle yo? Consulte a sus consejeros.

—Te pareces tanto a Estela, ¡mi amada Estela! Siempre le consulté a ella y, hay algo en ti que me es similar. No puedo explicarlo. Pero quiero saber tu criterio, por loco que parezca.

—Bueno, es una decisión difícil realmente. Pero pienso que lo principal es el bienestar del pueblo, el futuro de esta ciudad. Así que debería comprobar en esencia cuál es el nivel de compromiso y el verdadero sentir de las princesas Lía y Liz. No debe guiarse por cierta preferencia o la tan nombrada primogenitura. Quien elija va a ser líder y el porvenir de Calíope es lo más importante.

El Soberano quedó pensativo durante el banquete, aunque luego fue obligado a disponer su mente a los nuevos acontecimientos. Comenzaron a aparecer pretendientes ante él. Presentaron obsequios para sus hijas: telas, gemas, pulseras, sortijas. ¡Y las doncellas recibían aquel sartal de joyas de buen agrado!

En cambio, Ruth permanecía indiferente al momento, atenta a cierta persona de palabras mordaces que se escurría entre los nobles y, que pese a su disfraz, reconocía como la adivina. Esta mujer de frases bien preparadas, respuestas exactas y siempre con el elogio a punta de boca, la hacía asumir una actitud suspicaz. No tenía motivos concretos para desconfiar, salvo esa corazonada que la hacía advertir un trasfondo de doble intención.

Como era su naturaleza, no dejó pasar por desapercibida su propia intuición, sino que asumió la tarea de conocer a profundidad quién era esta nueva consejera real. Pidió a uno de los sirvientes más antiguos, propiamente a uno de la entera confianza de la tía Elma, que viajara en busca de esa caravana donde apareció por primera vez la adivina, e indagara su identidad.

Entretanto el rey anunció su partida a un reino lejano y aseguró el gobierno por tres días en manos de las princesas. Obviamente, se dispuso la consejería y el sello real en primer lugar para Lía, conforme al orden de nacimiento. Así también se autorizó el uso del trono y áreas restringidas. Únicamente se les prohibió usar la corona de diamantes y emitir cambios legislativos.

La encomienda matutina de la princesa Lía fue un cambio íntegro de la decoración del palacio. Luego mandó a llamar al sastre más famoso de los alrededores para tejerle rubíes y zafiros al vestido que llevaría esa noche en la cena. Postergó los asuntos agrícolas, médicos y educativos para el próximo mandato. Únicamente priorizó las cuestiones propias de sus deseos y caprichos.

Al tiempo que caía la tarde apareció ante Su majestad un andrajoso. Se arrodilló y pidió alimentos, diciendo ser un viejo amigo de su padre.

—¿Guardias, quién ha dejado entrar a este mendigo?

—Su alteza, este hombre tiene hambre. En Calíope no tenemos mendigos. Seguro ha de venir de lejos. Además, conoce al rey.

—¡No me importa! Pónganlo fuera de los muros de palacio y denle allí agua y qué comer, pero asegúrense de que no vuelva a entrar.

—Sí, Su alteza.

Y así fue hecho.

La reina Lía aprovechó al máximo su jornada usando toda clase de joyas, haciendo pedidos exorbitantes y manteniendo a la servidumbre en una ardua tarea de limpieza hasta media noche.

A la mañana siguiente su gemela asumió el trono y se repitió la misma historia. Fueron suspendidas las reuniones del día con el Consejo Real, las visitas programadas fueron agendadas para próximas fechas y la rutina se rompió al idear la regenta ser llevada en un carruaje hasta el gran bazar. Así como lo dispuso la acompañó su séquito y las multitudes sorprendidas por el inusual evento, la reverenciaban y arrojaban flores desde los balcones. Desbordada de emoción abanicaba su rostro y al llegar a las tiendas de ventas tomó de las telas más caras y vistosas del muestrario. Al tendero le pareció que se llevaría a casa ese día considerables

ganancias, hasta que una frase destruyó sus esperanzas: —No le cobrarás a la heredera real, ¿verdad?

Forzadamente respondió: —No, claro que no.

Casi abordaba su trono andante cuando el mismo andrajoso se postró y clamó: —Por favor, Su alteza, soy amigo de su padre. No tengo dónde recostar la cabeza ni qué comer. Tenga piedad de mí.

—¡Piedad tuvo ayer mi hermana contigo! ¡Regresa por donde mismo viniste! ¡No queremos mendigos en Calíope!

El pordiosero insistió en su pedido y la princesa se enojó en gran manera, ordenando encarcelarlo en las mazmorras de palacio. Ruth intentó intervenir, mas la actitud de Liz frenó al instante su impulso: echaba chispas del enojo.

Esa noche se le partía el corazón a la joven de la pena con aquel desconocido y, si bien no tenía autoridad para retirarle el castigo, sí podía, y así hizo, llevarle alimento y bebida, y en especial, una manta para cubrirlo del frío. El mendigo agradeció su gesto con cortas palabras. Evadía su mirada tras aquella pelambre y barba crecidas.

Tan pronto amaneció, y pese a las críticas sobre si era digna o no de ocupar el trono, Ruth asumió el mando y ordenó inmediatamente abrir la celda del andrajoso. El hombre no salió a su voz. Parecía melancólico, tumbado junto a la pared.

—Puede salir. Es usted libre.

—Eres compasiva como tu madre —expresó. —¡Una mujer de gran corazón! Pero tus hermanas me han decepcionado. ¿De qué forma las he criado?

—¿Su Alteza, es usted?

El rey retiró la falsa barba, peluca y andrajos. También volvió a su tono de voz habitual.

—Seguí tu consejo, hija. Lía y Liz solo piensan en ellas mismas. No les importa el pueblo. No conocen la misericordia y la bondad.

—¡¿Señor, por qué ha hecho usted eso?! ¡Dormir en una celda!

—Peor que estar en esta celda es descubrir cuán fríos son los corazones de tus hermanas.

—Venga. Vamos a su recámara. Debe cambiarse de ropa y descansar un poco. Yo me encargaré del reino.

El rey fue a sus aposentos acompañado por la servidumbre y la princesa, en función de reina, se dispuso a reunirse con sus consejeros. El primer acuerdo fue delegar las resoluciones

más comunes a los ejecutivos pertinentes y luego tomó partido en las causas que ameritaban urgencia. La adivina se ofreció para ayudarla personalmente y ella consintió la oferta. Pues pretendía tenerla bien cerca para esclarecer sus intensiones.

—Es usted una mujer vistosa, ¡lástima siempre esté de negro!

—Es mi color favorito, ¡por raro que parezca, Su alteza!

—¡Qué curioso!... ¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto, señora mía. Vivo para servir a Su alteza.

—¿Cómo pudo dar la ubicación exacta de mi paradero? ¡Fue asombroso!

—Es un don simplemente.

—Oh, entiendo... Entonces su presencia en el Consejo Real es valiosísima.

—Me honra esa opinión. Solo deseo que mis servicios sean totalmente eficaces.

—Lo son, por ello quiero encomendarle una importante tarea. Vaya al pueblo e indague su situación real. Recorra el bazar, las avenidas principales y los barrios. Noté en mi última salida familias afectadas por alguna causa. Vi niños descalzos y, no sé, noté en general descontento... Sé que no es tarea de un día, pero estoy segura de que mi padre respetará mi orden. Ah, también tiene mi autorizo de usar los recursos que le sean necesarios. Y por favor, si sus dones de adivina revelan cualquier cosa sobre el futuro de este pueblo, hágamelo saber con prontitud.

—Pierda cuidado, princesa. Sus órdenes serán cumplidas.

De este modo partió la adivina a recorrer el pueblo en un carruaje. De inmediato Ruth mandó a llamar al siervo que desde la madrugada había llegado a palacio.

—Deduzco que me trae noticias.

—Sí, princesa. Nadie en la caravana conoce a la adivina. Afirman que ninguna mujer con esa descripción viajaba con ellos.

—¿Y entonces?

—Entonces su aparición fue premeditadamente al tiempo que llegó la caravana.

—¿Con qué fin?

—No sabría decirle. Pero eso no es lo único sospechoso.

— ¡Ah, no!

—Una anciana dice conocer su historia. Me contó que en un reino lejano, la adivina tenía visiones acertadas sobre los asuntos de la región y, por ello, ganó fama y fue llevada ante los monarcas. La hija menor de estos agonizaba por una enfermedad desconocida y la adivina preparó un brebaje para salvarla. La niña milagrosamente se curó y fue nombrada hechicera real...

—Una historia muy similar —lo interrumpió.

—Exactamente... Pero ocurrió un suceso inesperado y fue desterrada de aquel lugar.

—¿Qué suceso? —preguntó con avidez.

—El castillo fue atacado por un ejército invasor y, aunque ellos prevalecieron, no toleraron que la adivina no anticipara este evento.

—O sea, que con algún fin ella permitió la invasión.

—O no previó que pasara esto. Quizás tramaba algo y este suceso impidió que completara su objetivo.

—Sí, tiene sentido. Tal vez busque ahora lo mismo, pero ¿qué será? Como consejera real tiene muchos privilegios. ¡No creo que sea por dinero o influencia!

—Pudiera también no tener malas intensiones. A lo mejor no cubrió las expectativas de aquellos monarcas al no ponerlos sobre aviso y simplemente la expulsaron. La adivinación es un don impredecible. ¡Probablemente no lo advirtió!

—Pero, ¿por qué fingir pertenecer a la caravana?

—¡El modo que halló para justificar su venida, tal vez! Así no tendría que decir de dónde vino, ni qué le ocurrió. Se hizo pasar por uno más de aquellos peregrinos.

—Oh, esto me crea incertidumbre. No tengo nada contundente en su contra. Quizás son sospechas sin fundamentos y estoy siendo injusta. Pero tengo la corazonada de que es una impostora.

—Si quiere continúo indagando.

—No es necesario. Sus servicios fueron excelentes. Pase con el tesorero para que reciba su pago. Que tenga buen día.

Ruth procuró no ser vista cuando invadió la recámara de la consejera. Se introdujo primeramente en el compartimento de su oficina. Hurgó su escritorio cautelosamente, los libreros, baúles y en cada rincón de la sala. No le pareció nada fuera de lo común. Luego fisgoneó debajo de la cama, las almohadas, el colchón. Nada. El armario, las repisas y gavetas

solo tenían accesorios y prendas de vestir. Halló un diario sobre un estante, pero sus páginas no tenían apuntes.

— ¡Qué raro! —exclamó, y luego tornó la mirada en un recorrido minucioso por cada espacio a su alrededor. ¡Crack! Crujió el entablillado bajo sus pies. —¿Qué tenemos aquí?— Una de las piezas del piso estaba supuesta, fácil de retirar. — ¡Un escondrijo secreto!

Dentro descansaba un libro de pociones y embrujos. Lo hojeó. El marcador señalaba la página doscientas seis. —Eterna juventud —rezaba el enunciado. Se detuvo a leer las instrucciones del conjuro y advirtió un sinnúmero de rezos e invocaciones, pero en específico la sobresaltó la condición primordial de adquirir la esencia de tres hermanas idénticas, alineando así pasado, presente y futuro con igual permanencia de juventud y belleza.

—¡Esto es una locura! Ella quiere nuestras almas.

Debajo había tres decretos de filos dorados. —Solo uno sin firma. ¿Cómo logró que mis hermanas firmaran?

El acuerdo expresaba la renuncia de las princesas a sus derechos de herederas y, lo peor, consentían ser parte del conjuro de eterna juventud. —Ya me imaginaba que había gato encerrado —se insultó. —Pero conmigo se llevará un fiasco.

Ruth reincorporó todo a su lugar y volvió abajo a ocuparse de los asuntos del reino. Estuvo envuelta en disímiles tareas y para cuando regresó la presunta consejera real, puso todo su empeño en mostrarse igual que siempre.

Su jornada de mandato culminó y el resto de la semana las actividades de las princesas fluyeron normalmente. Ya Ruth estaba habituada a los desplantes de sus gemelas, las burlas por su simpleza en el vestir, sus gustos sencillos y en particular, por su apego a la servidumbre. Pero la chica no renunciaba a ser ella, y por esto se había ganado el respeto y cariño del personal de palacio. Asimismo su padre admiraba su carácter y entrega, su voluntad por extender siempre la mano, por evitar decir "no puedo".

Capítulo 4: Una bruja encubierta

Una tarde la institutriz agobiaba a las doncellas con un sartal de preguntas sobre "Porte y ademanes adecuados para la realeza". En la tensión por formular respuestas correctas,

apareció la consejera real con un grupo de disposiciones sin firma.

—Perdone, institutriz. Necesito la rúbrica de la princesa Ruth con urgencia.

—Por supuesto, consejera — la admitió.

—Este es el cumplimiento de la tarea que me asignó. Es un reordenamiento y disminución de impuestos. Además de ciertas regulaciones para proteger la familia y en especial la infancia.

—Excelente trabajo. ¡Sabía que podía confiar en usted! — enfatizó estas últimas palabras.

Tal como imaginaba, en el cúmulo de documentos venía intercalado uno de filos dorados.

—El rey es quien debería firmarlos —se detuvo intencionalmente ante aquel decreto brillante.

—Es que se archivarán con la fecha de su mandato.

—Oh, entiendo —volvió la vista hacia el documento. —Aunque recuerdo que no podíamos durante nuestro mandato hacer cambios legislativos —expresó.

—Solo son propuestas, el rey y su gabinete tendrán la decisión final —dijo tranquilamente aquella dama de negro.

—Creo que firmaré con mi nuevo accesorio. Es también dorado —retiró un implemento de su collar, un bolígrafo en miniatura.

—¡Qué práctico, princesa! —la aduló.

Ruth firmó y la consejera con la sonrisa a flor de labios se retiró del salón. La joven quedó indispuesta, retorcida del enojo ante las entrañas oscuras de aquella víbora. No se le hacía sencillo sobrellevar aquel cúmulo de sentimientos negativos, así que buscó la ocasión para poner al tanto a su tía de estos hechos y escuchar su criterio.

—¡Es exactamente como te digo tía! La adivina practica las artes oscuras. Es literalmente una bruja.

—Es una mujer peligrosa. ¿Por qué no le has contado a tu padre?

—No puedo hacerlo o, al menos, hasta que no descubra todo su plan. Sería arriesgado dejar cabos sueltos.

—¡Más arriesgado aún sería darle largo al asunto!

—Entiéndeme, tía. No tengo pruebas suficientes. Si la descubro ahora creo que acabaremos sorprendidos.

—No sé, hija. Esta situación es compleja.

—Lo es realmente —la tomó de las manos. —Gracias por escucharme. Si me guardaba esto un minuto más creo que iba a estallar.

—Prométeme que te cuidarás. Personas como la adivina son capaces de cualquier cosa.

—Descuida, tía. Fingiré que nada ocurre.

—Ah, querida. Lo peor no me lo explicas. ¡Cómo se te ocurrió firmar ese decreto!

Ruth sonrió con la mirada pícaro. —No lo hice, tía. ¡Cómo crees! La tinta de mi bolígrafo es mágica, al rato desaparece. La señora Elma no pudo evitar soltar una carcajada —¡Eres tremenda, hija mía!

La princesa procuró de ahí en adelante seguir de cerca los pasos de la consejera. Se esforzó por ganarse su confianza, a pesar de detestar su modo hipócrita y continuas expresiones de lealtad. Sin embargo pronto notó que la dama de negro no daba pie a cuestiones de orden personal. Entonces la chica se encaminó a propiciar charlas referentes a sí misma, intentando descifrar su manera de pensar. Pero al parecer la armadura de su fachada era impenetrable. Se limitaba a sus habituales respuestas aduladoras o se escurría entre convenientes interjecciones.

Por su parte el rey, en uno de los momentos a solas con Ruth, intentó librarse de aquel peso de culpa por haberla abandonado.

—No digas nada más, padre. Eso ya pasó.

—¿Podrás perdonarme algún día?

—Eso me suena a futuro, y yo ya le he perdonado... Imagino cómo se sentiría al perder a mamá. Así que lo importante ahora es que ambos queramos remediarlo.

—¡Eres tan especial! La verdad es que desde un principio lo noté. Este tiempo solo sirvió para confirmar mi parecer. Mereces ser mi sucesora, la próxima reina de Calíope.

—No, padre. ¡Apenas llegué el otro día!...

—Es mi última palabra, hija mía. La decisión de un rey no se discute.

—Mis hermanas me odiarán más que ahora.

—Tus hermanas no están capacitadas para dirigir a este pueblo. No puedo darles el mando meramente por quedar bien con ellas. ¿Olvidas lo que me dijiste en el baile? El bienestar del pueblo es lo más importante.

—No, no lo he olvidado. Solo le pido que mantenga su decisión en secreto. Al menos hasta el momento preciso.

—Está bien, hija. Es un acuerdo.

A la princesa la entusiasmaba el nuevo rumbo que estaba tomando su vida. El salto fue repentino e impensado, de plebeya a noble, y en un futuro a gobernante de toda una región. Pero su mayor regocijo era compartir los beneficios de su linaje real con su tía del alma. Nada ni nadie remplazaría la conexión entre ellas, el valor de su dedicación durante su crianza, el amor que surgió espontáneamente en la convivencia del día a día.

—Tu lugar en mi corazón, tía, no lo desplazan las riquezas ni mi nueva familia, ni este o aquel privilegio. La única persona incondicional que veló por mí fuiste tú. Eternamente estaré en deuda contigo.

—No me hagas llorar, tesoro —se frotó los ojos. —Mi mayor temor desde que llegamos al reino es que me miraras de forma diferente.

—¡Eso es imposible, tía! Si tuviera que elegir, te elegiría a ti y a nuestra vida en el bosque. Solo por lo que significas para mí. Ambas se apretujaron, llorosas. —¡Pero nada de llanto! Tengo que contarte un secreto.

—Entonces dejaré de serlo.

—Contigo no guardo secretos.

—Siendo así, déjame adivinar. Se trata de un enamorado.

—No, tía, ¡cómo crees! —se sonrojó. —Mi padre decidió a mi favor.

Elma se cubrió la boca con la mano, impresionada. —¡Qué feliz me hace esa noticia! Pero boca cerrada. Las paredes tienen oídos.

—Por eso es un secreto.

—Calíope tendrá muchos años de prosperidad y abundancia. ¡Serás una excelente Soberana!

Los días transcurrieron y Ruth, motivada por los cambios en su vida, se interesó más por documentarse y, en este enfoque, se volvió un as del conocimiento de la historia de la región, sus costumbres y la genealogía real. La institutriz estaba asombrada de cuánto habían mejorado sus hábitos y la exactitud de sus respuestas sobre modales en diferentes contextos. Conocía los más excelentes platillos y postres para ocasión, las tonalidades propias en el vestir, los accesorios

convenientes y, en especial, las posturas que nunca debe adoptar una princesa. También tomó partido en otras cuestiones. Por ejemplo, ordenó hacer cambios en la poda de arbustos y dio sugerencias al jardinero sobre el cultivo de otras variedades de flores. Al guardabosques le encargó el cuidado de un centenar de conejos traídos para habitar en la arboleda. En cuanto al personal de servicio, mandó a rediseñar su vestuario, adoptando finalmente diseños más prácticos y sencillos. Estipuló un aumento de salario e incrementó nuevas plazas en las diferentes áreas de empleo para garantizar una mejor y digna jornada de descanso.

Sugería un ensueño los cambios ocurridos en palacio, pero no, eran totalmente reales. Y lo mejor se daba en el hecho de que el bando opositor, en este caso, las dos antipáticas hermanas y una minoría alcahueta, no figuraban para nada ante el rey, pese a sus continuas cizañas contra Ruth. Este padre conocía el potencial y corazón de su hija, herencia irrefutable de la reina. El rey descansaba en ella confiado.

Sin embargo, los planes macabros de la consejera real estaban latentes y prontos a suceder. La navidad llegó y, con ella, un conjunto de innovaciones ornamentales y un embiste de corrientes emotivas. La ciudad entera estaba de pláceme, inmersa en las habituales preparaciones festivas de la fecha. Ruth había pedido el permiso de su padre para participar de forma directa en la mayordomía de todo lo relacionado a las actividades programadas. Naturalmente, el rey aceptó su solicitud y se quedó, dicho de paso, maravillado por su arte decorativo, buen gusto y, en especial, por los intervalos humorísticos, circenses y de danza que había planificado. Aquella celebración hizo reír al rey a carcajadas. Ocurrencias, chistes, invenciones extravagantes de los artistas y, hasta se sintió motivado a moverse al compás de los bailes populares que tuvieron su espacio también. El monarca se alegraba al apreciar cuán similares a jornadas pasadas eran estas fiestas, tiempos donde su amada Estela tomaba las riendas de estas festividades y siempre lograba sorprenderlo con nuevas propuestas. Lamentablemente sus otras dos hijas solo lucían su radiante físico, pues estaban tan llenas de plasticidad y miseria humana que en las celebraciones únicamente procuraban impactar con finos atuendos y llamativos accesorios. Y realmente impactaban, dejaban embobados a

los jóvenes sirvientes e invitados con sus fragancias exquisitas, rizos dorados y gestos delicados. Claro que, este encanto desaparecía a la primera charla, donde quedaban expuestos sus comentarios absurdos y pareceres impropios. Tal realidad acompañaba a la familia en Noche Vieja, donde las princesas conversaban con sus pretendientes y sus cuatro abuelos sostenían su habitual debate sobre tradiciones. En este espíritu armónico la consejera mandó a servir una copa de vino al rey e inició un inesperado acto de magia con la ayuda de las princesas. Lía y Liz tomaron el sitio que les fue indicado, advirtiendo Ruth un círculo sobrante que obviamente era el suyo. Al instante entrevió de qué se trataba y anticipando el fiasco que se llevaría aquella promotora entusiasta, tomó de buena voluntad su lugar.

Las luces menguaron a lo opaco de una penumbra. La dama de negro comenzó a susurrar conjuros y a exparsir brillo dorado sobre las doncellas. En una insinuación confusa aparecieron tres rollos y los envió al aire. Para sorpresa de los espectadores, aquellos flotaron como suspendidos por cuerdas invisibles y, fue entonces, cuando retorcidas como por una fuerza maligna, cayeron de rodillas. Un torbellino huracanado estremeció el recinto y los presentes pudieron ver un desprendimiento de energía del cuerpo de las chicas. Fue insólito y paralizante, imposible y a igual tiempo veraz. La consejera se movía en un marco estrecho y con pasos bien sincronizados en la expresión de su coreografía triunfal. —Tu derecho es mío — enfatizó vuelta a los tres círculos, y retirando cada rollo flotante, el postrero de estos se convirtió en cenizas.

—¿Qué ocurre? ¡¿Qué está pasando?! —se escandalizó la adivina.

—¡Exactamente eso le pregunto yo! —la enfrentó Ruth— ¿Por qué mis hermanas están inconscientes en el suelo?

La servidumbre asistía a las otras dos jovencitas e intentaba reanimarlas, mas Ruth por el contrario encaraba a la embustera con igual vitalidad que siempre.

—¡Fuiste tú! ¡¿Cómo es posible?! —rabiaba del enojo. —Tú firmaste el decreto.

—¡¿Lo hice realmente?! —sonrió. —¿Recuerdas con qué firmé el documento?

—Sí, firmaste. Me cercioré que lo hicieras.

—¡Qué pena por ti! Porque lo hice con tinta mágica. Al tiempo desaparece.

—¡Eres una mocosa entrometida! —la insultó por lo bajo.

—Y tú eres una bruja del demonio.

—Tal vez fracasé en mi hechizo de eterna juventud, pero tengo un plan B.

Antes de que Ruth pudiera decir algo más, el rey tomó la palabra con la copa en alto y anunció su nuevo compromiso con la mujer de sus sueños: la adivina. Ruth se estremeció de pies a cabeza al oír tal declaración, advirtiendo signos de hipnotismo en el semblante de su padre. Pero claro —pensó—, aquella hechicera estaba manipulando la voluntad del rey de algún modo.

El murmullo se hizo eco en el salón. Nadie esperaba semejante noticia. Específicamente porque aquel hombre jamás olvidó a su reina. Todo lo opuesto. Visitaba cada mañana su lápida; haciéndolo así sin faltar un día desde su deceso. También frecuentaba comúnmente el álbum matrimonial, guardado entre sus más preciadas reliquias. Sin mencionar que en sus charlas se abría brecha para referirla y en sus comentarios sobresalía ese deje de añoranza e inconformidad con su partida.

Pero por encima de esto, a Ruth le resultaba demasiado chocante apreciar cómo sus gemelas eran reanimadas de aquel letargo y su padre permanecía desentendido del hecho, iniciando un brindis por la nueva reina.

La multitud pasmada alzó también sus copas, mientras la dama misteriosa se acercaba al monarca. Ruth comprendió que algo bien serio ocurría y siendo entendida de que lo mejor era mantener la calma, se unió al grupo que ayudaba a que sus hermanas volvieran en sí.

—¿Qué está pasando, Ruth? ¿Por qué nuestro padre actúa de ese modo? —preguntó Lía, apaciguada por primera vez en el trato con su hermana.

—La adivina lo hechizó de alguna forma, chicas. Saben que nuestro padre no es así —se enfadaban al ver el intercambio de golosinas entre ellos, al presenciar esa explosión romántica improbable pero real.

—Tenemos que descubrir qué está pasando —se pronunció Liz.

—¡Esa embustera no puede quedarse con las joyas de mamá!

Ruth entendió que ni en momentos de crisis como este, la prioridad de las otras dos sería su padre o el bienestar familiar. Su identidad era más fuerte y no podrían desprenderse de ese sentimiento materialista tan fácilmente. Así que se resignó a tratarlas tal como eran y respetar sus puntos de vista. Entonces ganó lugar la oportunidad de trabajar juntas y darse apoyo a pesar de tener intereses contrarios y a la vez el mismo: sacar a la adivina de sus vidas. Fueron pronto los sucesos que tuvieron lugar en el reino donde se mostró de forma acelerada el apetito mortífero de aquella representación del mal. El arcoíris real dejó de exhibirse en el firmamento, las plantas comenzaron a marchitarse, las mascotas se negaban a salir de sus escondrijos, las jornadas laborales fueron redobladas y los productos básicos alimenticios disminuyeron en proporción para el pueblo y aumentaron en cuanto a exportaciones para así alcanzar mejores ingresos la tesorería del rey. En breve hubo un retroceso indescriptible y Ruth contemplaba las continuas problemáticas atada de manos, pues su padre parecía estar de acuerdo con los actos de esta lunática. Intentó hablarle en varias oportunidades, sin embargo notaba una reacción sospechosa, incoherente a su habitual postura con relación a la ciudad. Evidentemente, más allá de mañosas palabras la ceguera del rey apuntaba a un embrujo. Solo esto explicaba su manera de comportarse.

La fecha de casamiento arribó prontamente. El palacio fue estrictamente decorado por profesionales y el vestido de la casi reina, de diseño exclusivo, había sido roceado con polvos de oro para que su figura destellara a la luz del sol. La corona aguardaba sobre un cojín de plumas, siendo de plena añoranza de su candidata, quien comprobaba la hora en su reloj de pared ansiando el horario señalado.

—¿Qué le hiciste a nuestro padre? —se parapetaron las tres a la entrada de su alcoba.

—¿Acaso no se puede el rey enamorar luego de años de soledad?

—Puede, sí —expresó Liz. —¡Pero no de ti!

—¡Dinos de una vez qué le hiciste! —se molestó Lía. —O juro que te casarás llena de moretones.

—¡Ya veo que no son tan finas las princesas como dicen ser!
—las enfrentó. —Me las arreglaré cuando sea oficialmente su madrastra. Obvio que necesitan una buena educación.

—¿Qué buscas realmente? —inquirió Ruth, quien impregnada de la rudeza del bosque mantenía los puños cerrados para lanzarlos en cualquier momento.

—Ser la reina, claro.

—¿Y qué más?

—Todo a su tiempo, jovencitas.

—¡Eres una arpía! —tiró del brazo de sus hermanas. —No hay nada que podamos hacer... Solo respóndeme algo más. ¿Nuestro padre volverá a ser como antes?

La dama soltó una carcajada. —Eres predecible, Ruth. ¡Tan mojigata! Por eso me complace decirte que no. El rey nunca será el mismo. Ahora está enamorado.

Como saetas volaron estas palabras a la mente de Ruth. — Claro, él está enamorado —repitió. —Y es el único que puede detener esto —pensó también.

El rey de alguna forma oscura y secreta había invertido su sentimiento de amor hacia aquella intrusa, pero si su verdadera amada se presentara quizás... sí, quizás las circunstancias cambiarían. Estos pensamientos revoloteaban en la mente de Ruth a igual ritmo que daba trotes a su recámara. Sus gemelas se mantuvieron pleiteando con la novia hasta que fueron sorprendidas por su padre y enviadas de inmediato a permanecer en sus habitaciones.

La princesa Ruth atesoraba un camafeo con la imagen de su madre. Teniendo esta referencia intentó volverse una réplica de la auténtica reina. Tomó un vestido de cola voltiza y pendientes blanco perlados. Estiró también su cabellera dorada y colocó carmín en sus labios.

Verdaderamente tenía la misma mirada benigna y señas en general de su madre, salvo por un detalle: la corona de diamantes. Salió al corredor con pasos presurosos para hallar el vestíbulo y enrumbarse a la iglesia. Las campanas tañían anunciando la boda, mas Ruth estaba decidida a estropearle los planes a esa embustera pese cuales fueran las consecuencias. Pues conocía la doncella cuál era la pena para quien usara la corona sin estar comprometida con el rey. La sentencia era la muerte.

La joven abordó los flancos hasta llegar por la retaguardia, precisamente detrás del podio donde el obispo refería su mensaje y aquella pareja vuelta al altar se tomaba de manos. La corona estaba inmóvil, asequible. Ella tembló en silencio, mas no lo pensó dos veces y coronó su cabeza.

Puesta frente a la multitud, una corriente gélida silenció a los presentes. Entonces la princesa serenó la voz y habló:

—¿Aún me amas, rey mío? ¿Aún me amas?

Las escamas en los ojos del rey cayeron al suelo y aquel monarca se estremeció sin decir palabra, incrédulo de la visión ante él. Se trataba de su siempre amada, su querida Estela. Y el soplo de sentimientos acumulados detonó en una clara imagen de la realidad. Entonces aquel espectáculo le pareció insólito. ¡Un recasamiento! ¿Qué estaba ocurriendo? No guardaba ningún sentimiento afectivo hacia su nueva prometida. Sin embargo, el espejismo de épocas pretéritas, de hecho, las mejores etapas de su vida; sí lo seducía a reafirmar lazos de amor y, sin importarle la descortesía de dejar plantada a la novia en el altar, intentó volver de una buena vez a su pasado.

Pero hábil como una cobra, la adivina le tomó la delantera y en un santiamén estuvo cara a cara con Ruth.

—¡Rompe el hechizo! ¡Eres una...! —alzó la mano para abofetearla, pero el par de gemelas la interceptó justo a tiempo.

—Ni se te ocurra. ¡Guardias, apresen a esta traidora! Acaba de confesar. Ha hechizado al rey —gritó la princesa Lía.

—¡Esto te costará bien caro, Ruth!

Simultáneamente que los guardias conducían a la consejera directo al calabozo, esta comenzó a hablarle a los nobles de los reinos vecinos. —La princesa ha tomado la corona de la reina. ¡Merece pena de muerte! ¡Es la ley! ¡El rey no puede negarse!...

El Soberano parecía clavado en su sitio, observando a sus hijas y, en especial, a Ruth. Estaba paralizado tras aquellos sucesos repentinos y atropellados que lo llevaron a no saber si pensar como padre o rey. El padre estaba sumamente orgulloso con la actitud heroica de su hija, sin embargo el rey debía anteponer las leyes del reino a sus sentimientos y la ley en este caso resultaba severa para quienes la infringieran. La doncella debía ir a la horca.

Capítulo 5: Una difícil decisión

La joven dispuso sus manos para ser apresada, mientras la tía Elma se interpuso clamando por el perdón de sus actos. Aquellos nobles cruzaban miradas como espantados por semejante ultraje. Estos no veían más allá del hecho vergonzoso de asumir una falsa identidad y pretender la corona. En cambio el personal de servicio desperdigado por los laterales del templo, sí pudo ver claramente su gran compromiso con el bienestar del reino. Su llegada marcó un antes y un después, seguido de un sinnúmero de logros en favor del pueblo. Era querida y más, admirada por la plebe, aunque desafortunadamente esto no significaba mucho ante esta nobleza indolente y justiciera que pedía su decapitación. En breve estuvo dispuesta la horca y el Consejo Real discutía con su rey esta orden de ejecución. El Soberano estaba petrificado, ideando en su mente alguna estrategia para impugnar la sentencia. Pero legalmente esto parecía imposible. Los ancianos escudriñaban los escritos de la ley sin hallar probabilidades de vida para la princesa. Entonces el rey se dejó caer sobre el trono, desesperado.

—¿Perderé a mi hija así sin más, madre? —preguntó mirando al vacío.

—Ni siquiera el rey puede ignorar las leyes de su reino —expresó aquella anciana.

—¿Ni por una causa justa? —inquirió.

—Ni por una causa justa —le respondió. —Aunque, bueno, la ley puede ser modificada por el Consejo Real y el rey.

—¿Se podrá? ¿Podemos hacerlo en menos de una hora?

—Claro, es también la ley. Puedes hacerlo con la aprobación del Consejo.

—Pero es necesario el acuerdo de todos, y un miembro ya no está. Sin la adivina no procede ninguna nueva determinación. Al menos hasta que se elija un sustituto.

—Pues lamentablemente es así. Olvidé ese detalle.

—¿Que aún presa sigue ocasionando problemas esa mujer! —se sobresaltó la señora Elma. —No sé ustedes, pero no permitiré que cuelguen a mi niña. ¡No lo haré!

—Solo queda una opción. ¡Llévala lejos, Elma! ¡Muy lejos! A un lugar donde no la puedan encontrar.

Elma se cubrió la boca con la mano, pasmada. —¿No estará hablando usted en serio? Se repetirá la misma historia.

—No hay opciones. Debes llevártela pronto —se estremeció de dolor. —Ruth me enseñó que cuando se ama se hacen sacrificios por amor. Eso hizo ella por Calíope, por su familia y en particular por mí. Yo también la dejaré partir, aunque no creo que resista su ausencia este viejo corazón. Pero es la única salida para que continúe con vida. ¡Y qué mejor que contigo!

La señora Elma se echó a llorar. —La cuidaré. Juro Su majestad que la protegeré con todas mis fuerzas.

—¡Que así sea!

El rey ordenó al jefe de la guardia, un hombre de su extrema confianza, dejar en libertad a su hija y facilitarle el camino para su huida al bosque. Pero, ¿qué pasaría con la horca y aquella nobleza a la espera? Pues a estos nobles les inquietaba que este rey no fuera lo suficientemente fuerte para darle cumplimiento a su ley, sino que se dejara llevar por sentimentalismo y emociones impropias de un gobernante. Así pensaban, y se escurrían como ratas en la plaza pública, aguardando la hora señalada.

Por su parte la adivina ideaba un plan para huir del calabozo. En sus maquinaciones vio venir a un soldado con un elegante vestido de brocado en su percha.

—Su majestad ordena que te pongas este atuendo.

Ella levantó la mirada. —¿Por qué? ¿Acaso ha cambiado de parecer el rey?

—Sí, ha cambiado de parecer —sonrió el soldado.

La mujer se ciñó aquel vestido de tonalidades claras, muy a tono con sus aires de optimismo y postura triunfal; sin imaginarse en lo más mínimo que iba directo a la horca. Así fue el final de la adivina, quien de repente fue amordazada, encapuchada y atada de manos; entregada al apetito voraz de aquellos nobles. El pueblo de Calíope experimentó gran angustia cuando presenció el cuerpo de la supuesta princesa colgado en la plaza pública. Fue conmovedor ver aquellos hombres y mujeres vestir de luto, incluso niños. Los coches fueron cubiertos con mantas negras para transitar en las calles. Los establecimientos comerciales cerraron, las melodías cesaron y en general la ciudad se turbó con una interrogante: ¿Por qué la gente buena padece de tal modo?

Exactamente igual se cuestionaba el rey viendo a lo lejos dos siluetas casi perderse tras las colinas.

—Te extrañaré mucho, hija mía.

Asimismo, vuelta Ruth en una última mirada a palacio, susurró: —Te echaré de menos, pa'... Te echaré de menos.

—Piensa que lo protegiste a él y por demás a un reino entero. Lo sacrificaste todo por Calíope. Eso solo lo hace una verdadera reina. Estela estaría orgullosa de ti.

—Creo que sí lo estaría —intentó sonreír. —¿Cómo estará nuestra cabaña? Espero que nadie más la haya tomado.

—Sí, ya me imagino cómo estará de roedores y telarañas.

—¿Tía,...?

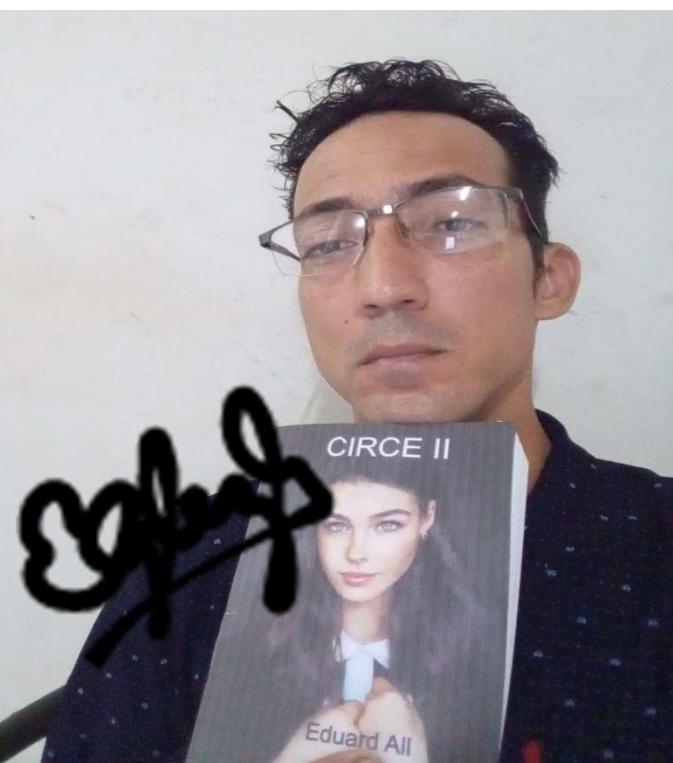
—¿Sí, hija mía?

—¿Crees que el rey vendrá algún día a visitarnos?

—El rey no sé, pero tu padre sí estuvo pidiéndome instrucciones para llegar a la cabaña.

La princesa entonces sintió paz. Comprendió que no se trataba de un "adiós", sino de un "hasta pronto".

EDUARD ALL



Irina Tall Novikova



ESTAMPAS

La pareja de ancianos camina cogida de la mano, el hombre arrastra con la otra un carro de la compra y la mujer un palo que utiliza como bastón. Lo hacen en silencio, como si le sobrasen las palabras y no tuvieran necesidad de romper con el ruido de la calle; jóvenes riendo y hablando acaloradamente, vehículos veloces y alguna que otra persona paseando y hablando a su perro. La pareja se detiene frente a un bidón de basura, hurga la mujer con el palo y saca algunas cosas que le pasa al marido guardándolo este en el carro. La mujer sonríe cuando entre ellas encuentra un trozo de chocolate que parte pasándole la mitad al hombre que con gestos exagerados le da las gracias mientras besa la mano que seguirá hurgando.

El hombre con el rostro pintado de blanco y un traje también blanco, permanece quieto sobre un taburete con una flor de plástico en las manos. Una sonrisa cruza su rostro, está forzada, pintada de rojo tratando de inspirar alegría a la gente que indiferente pasa ante él. Una chica entre los pocos transeúntes muestra una lata para que le dejen unas monedas. Indiferentes miran el rostro triste y esperanzado a la vez, orgullosa de su padre. El hombre solo tiembla cuando observa la cara de la niña y ve las lágrimas que resbalan por la misma.

Siempre viste de negro. Primero porque murieron sus padres y mas tarde porque lo hizo su marido. Después de trabajar desde los doce años, a los ochenta se encuentra sola. Culpa a la crisis que le arrebató una casa y a su hijo mandándole a trabajar fuera. Pero es feliz, mantiene la esperanza de su regreso y vive en una habitación que comparte con un anciano ciego, está bien aunque tenga que soportar el manoseo de este en su flácido cuerpo. Solo tiembla cuando

escucha la llamada en la puerta, con la esperanza de que sean sus nietos y poder abrazarlos.

Una mujer entra en la Iglesia, bien vestida se acerca al sacerdote al que extiende su manos, le pide el perdón y el hombre, como todos los días, como en todas las misas le perdona aquellos pecados que no ha cometido. La mujer sonríe satisfecha y sale de la Iglesia con la esperanza reflejada en su rostro.

Una niña sale del colegio y se monta en el autobús que le va a llevar a su casa. Es manoseada por el maestro, por el portero y por todos los niños que viajan con ella. El color negro de su piel les atrae como moscas a lo dulce.

La mujer se encuentra en lo alto de un banco, en el parque, habla a gritos de las injusticias de la vida, de países ricos y gente poderosa, de hambre, de desigualdad y de libertad. A lo largo de su vida ha sembrado esperanzas, ha luchado por dignificar a la persona, ha recordado los valores de la vida. La gente pasa a su alrededor, no escuchan a la maestra, anciana ya, que trata de abrirles los ojos, a los hombres que pasan pensando en sus amantes o soñando con las jovencitas de cuerpos firmes, a las amas de casa que caminan con prisas hacia las salas de bingo pensando en sacar un dinero que ocultaran a sus parejas para poder seguir jugando, a las adolescentes buscando un lugar donde prostituirse para sacar dinero y tener el ultimo avance tecnológico. Solo la mantiene en el banco la sonrisa de los niños que le observan, que le ofrecen una parte de su inocencia los que se enfrentan al futuro lleno de ilusión y esperanza.

Francisco Bautista Gutiérrez

Visite la web del editor escritordaniel.es

**PÁGINA 30 Visto
en redes**

**SI NO TE BAÑARON EN
UNO DE ESTOS...**



NO TUVISTE INFANCIA

El truco está en volverse
fuerte de corazón, sin
perder la ternura del alma.



EN AQUELLOS TIEMPOS...



**ESTO ERA NUESTRO
TELÉFONO BLOQUEADO**

Rodas

He llegado de mañana a las puertas de la ciudad. La enorme figura del Coloso, me ha llenado de asombro. Desde la embarcación, cual goleta fenicia, observé al gigante con su rostro del tiempo. Dice mi madre que fue creado por los dioses y no me cuesta creerle. Su majestuosa forma, le hace sobresalir.

El Gran Cares de Lindos, perpetuo al dios Helios en un bruñido bronce que refleja los haces del brillantísimo sol y por ello, no es posible verlo bien al cénit. Yo he querido visitarlo, y busco aprender de la sabiduría antigua y el arte. Sé que no es fácil. Aprenderé a bruñir bronce y crearé mi propia escultura. Los tiempos de los siglos me darán su gloria.

Jesús Quintanilla Osorio

ARON Y EL GATO MU

No es justo que yo esté pensando en ti, dijo Aron con la foto en la mano de la mujer que le había roto el alma en mil pedazos. Frente al espejo y el gato Mu que lo observaba con cierta lastima rompió la foto, pero antes le dijo al gato, que era lo único que le quedaba después de semejante desventura: donde me llegues a fallar terminará igual que ella, colgado en esta viga que está encima de su cabeza.

Mu miró la viga, era negra como su pelo y tenía una orqueta en el centro donde vio las señales del laso que soportó el peso de la mujer en sus últimas horas de vida. Usted sabe por qué la colgué, ¿verdad? El gato movió la cola y lo miró con desconfianza y miedo y encogió su cuerpo y saltó a la ventana, pero Aron lo agarró por la cola. El gato gruñó y sus ojos cambiaron de color. También los de Aron cambiaron. Ahora los dos ya no eran amigos, había un divorcio de amistad después de trece años de compartir el frío, el calor y el hambre en la ciudad del hambre donde comer se había vuelto un milagro. Vamos, demuéstreme qué tienes para mi señor gato. El gato se lamió las uñas, Aron mostró sus brazos donde colgaba su carne flácida. Después de colgarlo te bajaré y me le chuparé hasta los ojos. Mu sacó la lengua y bajó saliva. Ahora los dos se veían como un plato de comida. Mu fue el primero en atacar, le saltó al cuello, pero no le enterró las uñas ni los dientes. Allí no le gruñó, se quedó quietico sobándole la cola por la cara como nunca lo había hecho. Aron respiró profundo y subió los dos brazos y le acarició la cabeza y con lágrimas en los ojos le dijo: Me gustaría ser gato como tú para no odiar a nadie, perdóname por favor Mu.

Chevick Giraldo



TÍO JOSÉ

Su nombre era José, pepe no iba con su porte. Era alto y enjuto, a modo de jamelgo de un arruinado caballero manchego. La piel, castigada por los años y las jornadas infinitas en busca del sustento para su familia, dibujaba cauces secos en su rostro moreno. La tierra fue siempre su fiel compañera; una temporada buscando en sus entrañas esas piedras cuyo polvo destrozaron para siempre sus pulmones; en otra, soportando a sus espaldas el ingrato trabajo de cuidar de sus frutos. Parco en palabras, pero generosos en su sonrisa. Nunca hubo lamentos, aunque no tuviese para comer, porque con la barriga llena es más fácil quejarse. Vivía en un patio de vecinos que se levantaba a las espaldas de una iglesia, como refugio para los desamparados. La puerta de entrada era grande, vista desde la altura de un niño que todo le asombra. Puerta de madera que sus años se medían por capas y colores de pinturas superpuestas con desgana. Cuartos pequeños, con enormes manchas de humedad que decoraban sus paredes, y te permitían jugar las adivinanzas. Familias que compartían un mismo escenario de una obra nunca terminada de escribir, actores del teatro de la vida. Personajes que se mezclan y confunden, que entran y salen a su antojo, sin tener un guión que seguir, abandonados a su suerte.

Sujetos a la especulación de un propietario escrupuloso con el dinero y tolerante con sus obligaciones. Allí lo encontrarás, obligado a romper sus lazos con esa tierra que sigue amando, a cambiar el oscuro profundo de su sierra de alcornoques por el negro brillante del asfalto de ciudad. Tuvo que arrinconar sus tardes de largos paseos por el silencio amargo de estar sentado sin esperar a nadie, ni a nada; salvo el cansado y lento caminar del tiempo. Consumiéndose en un cigarrillo para acallar su pecho malherido por el mineral. Sabedor de que ya no hay ni cambio ni solución posible. Así es la suerte del que no la tiene, injusta. Nada hizo que pudiera molestar y él recordase. Quizás no debió nacer. Se hubiese ahorrado la molestia de buscar explicaciones para sus desdichas. Sus hijos ya no están, no lo tuvieron en cuenta en sus proyectos, no formaba parte de su equipaje. Su mujer lo tuvo por fracasado, teniéndose que dejar sus rodillas en las escaleras malditas de esos pisos de limpieza diaria. José, como todos los muertos, se borró de la memoria de los vivos.

Carlos Marchena